

Toni Aparicio

**QUIÉN ESCONDE TU SECRETO**

Los derechos de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023 por Toni Aparicio  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2023  
Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1148-413-8  
Depósito legal: M. 23.852-2023  
Printed in Spain

*Para mis dos amores:  
María José y Rebeca*



El infierno está vacío;  
todos los demonios están aquí.

WILLIAM SHAKESPEARE



# Primera parte

Hasta que amé nunca viví.

EMILY DICKINSON



# 1

---

¿Crees que conoces a tu marido?  
¿Y si te dijera que es un asesino?

El mensaje aparece en la pantalla y Nadia lo mira fijamente. Desbloquea el móvil y pulsa el icono de MENSAJES para volver a mirarlo. Lee cada palabra despacio mientras siente una punzada de inquietud. Está claro que se han equivocado. O mejor, que es una broma de muy mal gusto. Algún niño habrá escogido su número al azar y ahora se estará partiendo de risa con sus amigos, pensando que esa persona debe de estar temblando de miedo.

Enfadada, borra el mensaje dándose cuenta de que le tiemblan las manos.

Daniel, su hijo de catorce meses, descansa dentro de su trona y ya ha arrojado al suelo todos los juguetes que le ha dejado para que se entretenga mientras ella coloca la compra. El móvil vibra de nuevo y teme que el gracioso que la ha elegido para hacer sus bromitas de mierda siga teniendo ganas de jugar. Pero no. En su lugar un corazón bien grande y la palabra «AMOR» iluminan la pantalla.

—Hola —saluda una voz de hombre al otro lado después de descolgar.

—Hola —contesta al mismo tiempo que exhala un resoplido. Le cuesta espantar el mal humor que todavía siente.

—¿Pasa algo?

—Nada —responde evasiva—. He visto a Olivia en el aparcamiento del súper y me ha vuelto a recordar lo de la invitación del otro día.

Nadia pulsa el botón del altavoz, deja el móvil sobre una encimera de granito negro y comienza a sacar la compra del interior de las bolsas.

—No sé, deberíamos aceptar. Ya les hemos dado largas muchas veces.

Daniel comienza a llorar reclamando la atención inmediata de su madre y lo saca de la trona.

—Bueno, no han sido tantas... —Sonríe a su hijo y lo besa en los mofletes—. ¿A ti te apetece?

—No mucho, la verdad.

Nadia abre el frigorífico y comienza a colocar la compra. El pequeño Daniel, en brazos, quiere ayudar su madre y se pone muy serio.

—Pues ya está, solucionado —resuelve de mejor humor.

—Cariño, ¿qué tal Daniel?

—Mejor. —Sonríe y le hace cosquillas a su hijo bajo la barbilla, y este suelta una carcajada. Le encantan las cosquillas bajo la barbilla—. ¿Crees que deberíamos hablar con su pediatra?

—Solo son los dientes. A todos los niños les pasa.

A continuación, se produce un largo silencio al otro lado.

—¿Cariño?

Se escucha un suspiro.

—Estoy aquí.

—¿Qué pasa?

Mario no contesta inmediatamente.

—Pues pasa que estamos acojonados con lo de la migración al nuevo servidor. Lo que más miedo nos da es que los usuarios se queden sin servicio, o se cuelgue la web. No tardarían ni un minuto en machacarnos en Twitter.

—Seguro que todo va a ir bien, ya lo verás. Tienes un buen equipo.

—Ya te contaré —contesta algo desanimado.

La conversación se estanca en otro largo silencio. Nadia se queda mirando el teléfono fijamente.

—Podríamos comer juntos en el jardín. Hace un día muy bueno —propone Nadia.

—Hoy va a ser imposible. Tenía pensado tomar algo rápido cerca de la oficina y aprovechar más tarde para ir a nadar un poco.

—De acuerdo. —De algún modo le molesta que su marido saque tiempo para nadar y no para estar una hora con su mujer y su hijo.

—Con todo este follón apenas he tenido tiempo de ir a nadar y lo necesito.

De repente, Nadia se siente decepcionada, tal vez sin motivo. Intenta espantar esa sensación, y al mirar por la puerta que da al jardín trasero ve una cabeza rubia apareciendo y desapareciendo por entre los poblados setos que delimitan una casa con la otra. Ahora recuerda que tiene que hablar con él.

Consigue dejar a Daniel de nuevo en su trona sin que proteste y le entrega uno de sus peluches favoritos para que se entretenga. Tiene tres segundos o menos antes de que lo arroje al suelo.

—Estás muy callada —responde Mario tras unos segundos en silencio.

—Es que he visto a Michal fuera y me ha venido a la memoria lo del césped.

—Ah, Michal. Vale.

Nadia se detiene en su quehacer y, apoyada sobre la isla que domina la cocina, suspira.

—Tal vez salga más tarde.

—¿A pasear?

—O a correr. Debería salir a correr.

Mario se ríe.

—¿De qué te ríes? ¿Crees que eres el único que puede hacer deporte?

—No, pero va a llover.

—No es verdad. —Se asoma por la ventana y mira al cielo. Unos sucios nubarrones se mueven empujados por el viento del noroeste.

Pero sí, le gustaría volver a retomar el hábito de salir a correr. Antes lo hacía a menudo, se pasaba horas corriendo, no importaba si llovía o no. Su mente se vaciaba de pensamientos. Pero desde que nació Daniel todo eso se acabó. Aunque lo echa de menos, lo que descansa ahora en la cuna lo compensa con creces. Se pregunta si llegará un momento en el que desee hacer otra cosa que no sea cuidar de su familia.

—Igual te viene bien dar un paseo.

—Tú quieres que coja una pulmonía.

Mario ríe de nuevo.

—Antes te gustaba.

No le dice que los paseos bajo la lluvia son privilegio exclusivamente de ellos dos, pero lo sabe. Un día bajo la lluvia comenzó su romance. Otro día, bajo truenos apocalípticos que rasgaban el cielo, supo que estaba embarazada de Daniel.

—Voy a ver si conseguimos que todo esto funcione. Cruzaremos los dedos.

—Seguro que todo va a ir bien. Te quiero.

—Yo también a ti.

La llamada finaliza y Nadia se queda mirando el fondo de pantalla donde están los tres, felices y sonrientes, mirando a la cámara. Mario, con su densa cabellera de pelo negro y su bonita sonrisa. Adora su sonrisa, fue lo primero que le atrajo de él cuando lo conoció.

Sí, suena cursi, pero fue amor a primera vista. Lo conoció y ya sabía que era el hombre que había estado buscando media vida.

Nadia abre la puerta corredera que da al jardín trasero. Al final, Mario va a llevar razón: el cielo se está llenando de más nubes oscuras que solo pueden presagiar tormenta. Además, se ha levantado un ligero viento que agita las ramas de los árboles. Escucha el ruido mecánico de una podadora al otro lado del seto.

—¿Michal? —Levanta la voz y, casi al instante, una cara agradable surge por un hueco. Se trata de un hombre de unos cuarenta años, con el cabello corto, hirsuto y algo despeinado. Tiene la frente brillante por el sudor y, bajo ella, dos ojos azules que destellan amabilidad. Su rostro está ligeramente bronceado y luce una barbita rubia de pocos días. Es un hombre realmente guapo.

—Buenos días, Nadia —sonríe.

—Ayer se me olvidó hablar contigo.

—Ah, ya. Pero ayer no vine —explica arrastrando ligeramente las erres. Mueve la cabeza y echa un vistazo al césped del jardín—. El césped, ¿no?

—Sí, por favor. ¿Cuándo crees que podrías cortarlo?

Michal tuerce el gesto y se limpia el sudor con el dorso del brazo.

—¿Qué tal hoy? Pero a última hora. Mañana tengo que marchar por viaje. Viene primo mío de Polonia y tengo que ir a recogerlo a Valencia. ¿Te viene bien así?

—Me viene perfecto. Muchas gracias, Michal.

El hombre asiente con una sonrisa y vuelve a lo suyo. Nadia entra de nuevo en casa. Daniel estira sus bracitos y ella lo coge entre arrumacos. De repente, piensa en el mensaje que recibió en el móvil hace solo un momento. Mira la pantalla. No hay nada. Dentro de unos minutos será historia.

En lo primero que Mario se fijó cuando decidieron alquilar esas oficinas fue en la tranquilidad. A pesar de que se encontraba en pleno barrio de Chamberí y muy cerca de una de las arterias más importantes y concurridas de la capital, el tiempo transcurría ajeno al bullicio adyacente. Desde la ventana de su despacho solo puede ver la fachada de un edificio, pero qué fachada: señorial y algo austera. Imponente pero delicada al mismo tiempo. Propietarios con estilo, cuyas vidas parecen satisfechas, y a los que no les falta de nada, salen y entran todo el día, envueltos en ese halo que solo poseen los de

clase muy privilegiada. Se pregunta qué esconden esas miradas esquivas envueltas en ropa de diseño y relojes caros. Siempre ha soñado con parecerse a ellos. Llevar una buena vida. Ser alguien distinguido y respetado. Y ahora la lleva, se supone que ya es uno de ellos y los problemas que antes lo acuciaban deberían ser cosa del pasado. Sin embargo, anoche no durmió bien. De hecho, son ya varias noches. Nadia no le preguntó ni dijo nada, pero no es tonta y seguro que intuye que algo le preocupa.

Y no se equivoca.

Nadia es de esas mujeres que prefieren ofrecer una imagen frágil de sí mismas. Que sea menuda acentúa esa percepción. Algunos hombres creen que es la típica mujer que necesita a un hombre que la proteja. Qué imbéciles son. Además, tiene que reconocer que es bastante más lista que él. Sabe que a muchos hombres no les gusta que su mujer sea más lista que ellos. Los pobres no saben que su mujer casi siempre es más lista que ellos.

Alonso, su socio, entra por la puerta sin llamar. Hace tiempo que dejó de reprenderlo. Y ahora se planta delante de él con esa sonrisa amarilla, herencia de sus intensos años de fumador y juerguista noctámbulo. Tiene aspecto de vendedor de coches usados, pero nunca se lo ha dicho a la cara, porque igual soltaba una carcajada y te daba uno de sus abrazos pegajosos, o se lo tomaba a mal y no te volvía a hablar en la vida. Con él nunca se sabía.

—Tío, ¿qué te pasa? Estás más blanco que el papel de fumar.

Se acerca y le aprieta en el hombro a modo de pinza con sus manos, pequeñas y nudosas. Sí, es un hombre que tiene que tocar todo el rato a los demás.

—¿Por qué no bajamos al bar de la esquina y tomamos un cafelito? Dice Teo que la migración va para rato.

Lo mira con sus ojillos despiertos de buscavidas. No sabe si Alonso es el socio perfecto, pero sí el mejor para ese proyecto que comenzó hace dos años. No supo cómo lo hizo, pero reclutó al mejor equipo de diseñadores, programadores y expertos en marketing, con el

que apostaron fuerte para dar vida a su criatura: Niobe, un portal inmobiliario llamado a competir con los más fuertes del mercado. Sin embargo, después de esos dos años de gracia, las expectativas altamente optimistas se han vuelto crudamente realistas.

—En serio, tío. Tienes mal aspecto —insiste.

Mario lo mira y pacientemente le dice:

—Estoy bien. Es Daniel. Lo está pasando mal con los dientes y no pegamos ojo por las noches.

Alonso tuerce el gesto.

—Joder. Mis hijos lo pasaron fatal. Pero se le pasará pronto, ya lo verás.

Sin embargo, no es el dolor de su hijo lo que le está quitando el sueño y las ganas de comer, sino Nero. Solo pensar en él y se echa a temblar.

—Tengo que revisar unos documentos legales que me ha pasado el abogado esta mañana. Ve tú si quieres.

Alonso lo mira fijamente sin decir nada durante varios segundos.

—Me lo contarías, ¿verdad?

—¿El qué?

—Si tuvieras problemas. Antes que socios somos amigos, ¿no?

—Claro que somos amigos.

Alonso sonrío. Se incorpora de un salto rebosante de energía y le da una palmada en la espalda.

—¡Y anímate!

Abandona el despacho y Mario exhala el aire de sus pulmones pensando en cómo va a salir de esa.

Desde la amplia puerta corredera de la cocina de Blanca la luz entra sesgada incidiendo sobre el suelo de mármol negro. Daniel está sentado ahí mismo y, con sus manitas, trata de atrapar los rayos de sol que se filtran a través del cristal. Nadia no pierde ojo de su hijo. Lo mira todo el rato. Aún todavía no puede creer que sea suyo, que ese

milagro de la vida se haya producido. Lo ama tanto que siente hasta dolor físico. Daniel estira sus bracitos rollizos y aprieta la nada, pero sonrío como si hubiera conseguido su objetivo.

—Está para comérselo —comenta Blanca acercándose a Nadia y dejando un café sobre la mesa donde está sentada—. Ya ni me acuerdo de cómo era mi Joel a su edad.

—Los años pasan volando.

Blanca exhala un triste suspiro.

—Más de lo que te imaginas. Un día eres una mujer a la que los hombres devoran con la mirada, y, al siguiente, una vaca gorda y fofa en la que nadie se fija.

Nadia suelta una risa.

—Qué exagerada. Eres una mujer muy guapa. No tienes a alguien porque no quieres.

Una nube tapa el cielo, eclipsando el eventual juego de Daniel, que de repente se queda sin diversión, y estira las manos en busca de su madre. Nadia lo coge y lo sienta sobre sus rodillas.

—A veces lo he pensado —prosigue Blanca tras suspirar—. Echo de menos el sexo y todo eso, por supuesto, pero lo que más echo de menos es un hombre que me quiera de verdad. —Sonríe a Nadia—. Amor del bueno.

Nadia sonrío, pero no dice nada. Aprieta con afecto la mano de Blanca y se queda mirándola. Blanca es una mujer que se acerca a la cincuentena, pero todavía posee un físico más que atractivo. Su cabello, de color castaño claro, desciende con elegancia sobre sus hombros. Sus piernas son firmes y sus muslos son prietos y contundentes. Está segura de que muchos hombres estarían más que dispuestos a gozar todavía de sus formas rotundas.

Cuando se compraron esa casa ella fue la primera vecina que la visitó, hace ya tres años, y desde entonces son buenas amigas.

—Hay gente que busca pareja en estas aplicaciones. ¿Sabes lo que te digo?

Blanca la mira con fingida reticencia.

—Claro que lo sé. ¡Todo el mundo habla del dichoso Tinder! Incluso Joel me ha animado a usarlo.

—¿Y?

—Que hasta que no encuentre a un chico como Mario Casas o Brad Pitt no creo que me anime.

Se ríen. La puerta de la calle se abre en ese momento y entra Joel, el único hijo de Blanca: diecisiete años, alto y tan delgado que parece que vaya a doblarse por la mitad. Camina con esa dejadez propia de la adolescencia. Lleva las manos en los bolsillos de un anorak enorme y la capucha de la sudadera puesta.

Joel cruza el salón y llega a la cocina por el pasillo que comunica ambos. Nada más entrar besa a su madre en la mejilla y sonrío a Daniel en cuanto lo ve. Se acerca a él y comienza a hacerle carantoñas.

—Hola, hola, hola...

—Joel, hijo, pero quítate la capucha dentro de casa.

Joel obedece dejando a la vista un cabello rizado, oscuro y despeinado. Daniel se ríe a carcajadas por las caras que pone Joel. Realmente tiene un don para los niños, piensa Nadia.

—¿Quieres que te prepare algo para comer?

Joel se incorpora y se mete las manos en los bolsillos con la misma indolencia de cuando llegó.

—No, ya he comido algo esta mañana.

Su madre niega en desacuerdo.

—Ya me lo imagino: pizza o patatas fritas. Así no vamos a ninguna parte, hijo.

Joel se encoge de hombros y se gira para marcharse.

—Voy a mi cuarto.

Joel sonrío a Daniel y él le devuelve la sonrisa, encantado.

—Adiós, pequeñajo —se despide con la mano—, y adiós, Nadia.

—Hasta luego, Joel —responde.

Joel vuelve a desaparecer por el pasillo que da al salón y sube las escaleras.

Entonces un coche se aproxima por el otro extremo de la calle. Es un reluciente Porsche Cayenne de color negro. Se detiene en la entrada del garaje de la casa de enfrente y Blanca pone toda su atención en el coche recién llegado. Su mirada es de total expectación.

Del asiento del acompañante sale una joven mujer. Alta, despampanante, con un peinado de peluquería cara. Su figura, delgada y estilizada hasta el extremo, se desliza embutida en unos pantalones estrechísimos. Camina con soltura con unos zapatos de tacón muy alto. Sus ojos —cómo no— permanecen ocultos tras unas gafas de sol ahumadas. Parece contrariada o enfadada, nadie podría asegurarlo. Con indiferencia, saca un móvil de la nada y mira la pantalla.

Un hombre alto y con buena percha desciende del asiento del conductor. Posee una abundante cabellera plateada y luce una barba ensortijada y muy poblada. Es un hombre ciertamente elegante que rondará los setenta años. A juego con la joven que le acompaña, también oculta sus ojos tras unas gafas de sol ahumadas. Su semblante es de total seriedad. La mujer camina delante de él. Abre una puerta que da al jardín trasero y entra sin esperarle.

Y mientras todo eso ocurría, Nadia y Blanca no han abierto la boca. Parecían embelesadas por esa pequeña actuación de lo cotidiano.

—Hablando de parejas felices... —murmura Blanca con mordacidad.

Nadia no dice nada. El mundo de cada pareja es único y miles de dudas y secretos revolotean continuamente sobre quienes las componen.

—La otra noche tuvieran una de órdago —continúa Blanca con una sonrisa maliciosa.

Nadia asiente sin añadir nada. Mira a Blanca pensando que pasa demasiado tiempo sola en casa.

—Está claro que ya se ha cansado de él. Habrá encontrado a alguien con más dinero. Estas son así; buscan a un idiota que no sabe

mantener la bragueta cerrada y, cuando lo han dejado seco, van a por el siguiente.

—Algo de amor habrá, digo yo —responde como si le doliera.

Y Blanca mira a Nadia como si fuera muy ingenua, mientras sus ojos brillan con maldad.

—No todas tienen la suerte que tú, Nadia —suspira—. Aunque seguro que la pobre se consuela con una maleta llena de dinero. A falta de pan, buenas son tortas, ¿no dicen eso?

Antes de cerrar la puerta, el hombre de cabello plateado mira hacia la ventana de la cocina de Blanca. Nadia juraría que sus miradas se han encontrado durante una breve fracción de segundo.